

LA MOMIA Y LA NIÑERA

Tamara Romero

*“Yo planteo esta pregunta a la asamblea:
¿Son camaradas las ratas?”*

REBELIÓN EN LA GRANJA, George Orwell

1. Castigados sin Internet

LA NOCHE DEL UNO DE JULIO buena parte de los padres del pueblo de San Saburo dejaron a sus hijos a cargo de un ejército de niñeras y se esfumaron durante horas sin dar ninguna explicación. Ornila Melindros debía haber sospechado algo cuando vio a demasiadas estudiantes de su facultad saliendo de la estación de tren y circulando por las calles de la villa, tratando de localizar la casa en la que habían requerido sus servicios. Si hubieran ido uniformadas se parecerían demasiado a un enjambre inquieto por la desaparición de su reina.

Sin embargo, Ornila tenía asuntos más importantes en los que pensar, por lo que se limitó a saludar con un leve gesto a algunas de ellas, con las que había coincidido en alguna ocasión en los pasillos de la universidad comarcal, mientras trataba de ubicarse para llegar a la casa de los Austeros.

Era la primera vez que trabajaba para ellos, por lo que desconocía exactamente qué tipo de niños se iba a encontrar. «Doce y siete años», le había dicho la señora Austeros —sí, ese era el apellido familiar—. «Buenos chicos. No tendrás ningún problema».

—¿A qué hora han de estar en la cama? —preguntó por teléfono, esperando que fuera una hora temprana para poder dedicarse a sus cosas.

Lo lógico hubiera sido que la señora Austeros hubiera contestado esa simple pregunta.

—Te dejaremos una nota con todas las especificidades. Pídesela a los niños cuando llegues.

Un momento. ¿Pídesela a los niños? ¿Eso significaba que los padres no estarían en la casa a la hora que habían acordado? Cuando iba a pedirle a la señora Austeros que le aclarara este punto oyó el inconfundible zumbido al otro lado de la línea. Había colgado. Algo en aquella breve conversación no le encajaba y, sin embargo, no había tenido una clara opción de echarse atrás y no aceptar el trabajo.

La única «especificidad» que le había dado la madre por teléfono fue advertirle de que el mayor, Óscar, estaba castigado sin acceso a internet.

—Pero tampoco tendrás que preocuparte de eso —le había dicho la madre—. Hemos escondido el cable de conexión del módem, así que no podrá conectarse. Espero que esto no sea un incordio para ti una vez se vayan a la cama. De todas formas, en casa tenemos libros y películas.

—No se preocupe —contestó Ornilla—. Tengo un examen la semana que viene. Debería estudiar. Internet es siempre una distracción.

Sus sospechas se confirmaron cuando, por fin, llegó a casa de los Austeros y una niña con coletas que sujetaba una pecera redonda con un pez naranja

nadando en su interior le abrió la puerta. Los críos ya estaban solos cuando ella llegó. La pequeña vestía toda de blanco, hecho que extrañó a Ornila. Todo el mundo sabe que no es el color más adecuado para la ropa de niños en edad de jugar.

—¡Ha llegado! —gritó, invitándola a pasar.

La joven Raquel resultó ser una niña demasiado espabilada para su edad, una viejecita de apenas un metro de altura. Ornila comprobaría, en los siguientes minutos, que hablaba con demasiada soltura y utilizaba palabras que deberían serle todavía ajenas. Decidió que esperaría un poco más para preguntarle por qué cargaba con la pecera por toda la casa. La siguió hasta la mesa del comedor, donde había un folio manuscrito dirigido a ella.

—Estas son las instrucciones que ha dejado mamá —le dijo.

Hubiera imaginado que se trataba de indicaciones concretas sobre la casa y qué debían cenar los niños, pero el listado de frases que la señora Austeros había escrito con una caligrafía pésima —había que decirlo— no tenía nada que ver con lo que hubiera esperado por parte de unos padres responsables:

Puede que os visite Klibi —decía el encabezado de la nota—.

** Si llama a nuestra puerta déjalo entrar. No es peligroso, a pesar de su aspecto. Los niños están familiarizados con él.*

** Normalmente le gusta conversar. Si no tienes ningún inconveniente, apreciaríamos que te sentaras con él y le escucharas. No nos gusta enfurecerlo.*

** Ofrécele un café. Es su único alimento y siempre lo agradece.*

Dejó de leer. Aquellas frases no tenían ningún sentido.

—¿Esto es una broma? —preguntó Ornila a la niña, agitando el trozo del papel en el aire como si fuera un agente infeccioso—. ¿Lo has escrito tú?

Raquel se encogió de hombros y desapareció escaleras arriba. Otro detalle que escamaba a la niñera era que durante su llamada la madre había evitado a toda costa decirle la hora exacta en que estarían de vuelta. Había asumido que el matrimonio había salido a celebrar algo. La señora Austeros había mencionado algo así como «hace tanto tiempo que no salimos», por lo que supuso que estarían de vuelta bien entrada la madrugada. Tampoco habían dejado ningún teléfono de contacto ni el nombre del restaurante en el que cenarían. Por un momento pensó en marcharse. Algo no encajaba, y al fin y al cabo parecía que los niños llevaban ya un rato solos. Todo indicaba que podían apañárselas. A pesar de ello, no le interesaba nada granjearse una mala fama como niñera irresponsable. Necesitaba el dinero. Y sin embargo no parecía que la cría de la pecera fuera a ofrecerle más información.

—Quiero conocer a tu hermano —le dijo.

—Está en su cuarto. Sigue castigado.

—¿Qué ha hecho?

—Se inventa monstruos. Los fabrica en internet y los deja sueltos por la calle. Por eso esta vez, como se ha pasado y lo han pillado, está castigado. Vamos, te acompaño.

De camino al cuarto del castigado Óscar, la niñera echó un vistazo a las paredes y muebles de la casa, que poco hacía honor al nombre de sus ocupantes. De austera no tenía nada. Los muebles estaban atestados de rompibles figuras de porcelana. «Segunda cosa impropia de una casa con niños», pensó. Las había de todos los tamaños y formas: animales de todas las especies, ninfas, ángeles, *geishas*, barcos. Mientras subían por las escaleras, Ornila divisó una estantería y no dio crédito a lo que vio en ella. Volvió a bajar y se acercó para comprobar que todos y cada uno de los volúmenes, decenas de libros con sus títulos grabados en los lomos eran también de porcelana.

Raquel la siguió, bajando de escalón en escalón, con una mano cubriendo la pecera para que el trote no provocara que el pez cayera fuera de su recipiente, como ya había pasado más de una vez. Por suerte era rápida y siempre lo rescataba.

—Es la biblioteca de mamá —le dijo.

Ornila reconoció un libro y lo sacó con cuidado de la estantería: *Remembranza*, de Danielle Steel. Todas eran novelas románticas de porcelana. A la niñera le hizo gracia compartir aquella afición la señora Austeros. Empezaba a crearse un retrato robot de los padres y deseaba comprobar al final de la noche si la realidad se correspondería con lo que estaba imaginando.

—Esta novela es una joya —le dijo a la niña—. Es una de mis favoritas. Aunque aún eres un poco joven para leerla.

Raquel asintió.

—A mamá también le encanta. La ha leído muchas veces. Pero no me deja coger sus libros. Dice que los podría romper. Es mejor que los dejemos.

Por suerte, los cuartos de los niños eran lo más parecido a todos los dormitorios infantiles que se había encontrado durante su meteórica trayectoria como niñera. El cuarto de Óscar era una cueva lúgubre con pósters de futbolistas y un desagradable olor a cerrado. El joven castigado era un preadolescente cuyas hormonas parecían desprenderse de su aliento, escapando de forma frenética de su cuerpo en las contadas ocasiones en las que hablaba.

—Supongo que sabrás que no necesito una niñera —fue lo primero que le dijo el reo—. No pienso salir de aquí en toda la noche, así que no vas a tener que cuidarme. Mejor vigila a mi hermana y a su repugnante pez.

—¿Os han dicho tus padres dónde iban esta noche? —le preguntó Ornita, al tiempo que le extendía el trozo de papel donde habían apuntado sus particulares instrucciones—. ¿Qué significa esto?

El chico tomó la nota y la leyó como si fuera una vulgar lista de la compra.

—Pues eso. Lo que aquí te dice. No parecen instrucciones muy difíciles. Vas a la universidad, ¿no?

Entonces no te será complicado entenderlas y seguirlas si se da el caso.

—¿Pero de quién habla? ¿A quién se supone que tengo que dejar entrar si llama a la puerta?

Óscar se encogió de hombros. No parecía muy dispuesto a colaborar.

—¿Y yo qué sé? Tengo doce años y estoy castigado desde hace semanas. ¿Crees que a mí me cuentan algo? No me entero de nada.

‡

Las ocho de la tarde y la noche empezaba a ensombrecer los tejados de San Saburo. Demasiado pronto para enviar a los niños a la cama y hurgar en el museo de porcelana. Ornila buscó su teléfono en el bolso y verificó que, efectivamente, no había señal wifi disponible. Nunca se había molestado en contratar una tarifa de datos porque creía que no necesitaba un contacto permanente con aquella realidad alternativa que se desplegaba en la red. Además, era de las pocas personas de su entorno que prefería llamar.

—¿Por qué me llamas? —preguntaba alterada la Santa, su, en teoría, mejor amiga, cuando se veía obligada a coger el teléfono ante su insistencia—. ¡Ni que se hubiera muerto alguien! ¿No puedes enviar mensajes de texto como todo el mundo?

Era curioso que fuera precisamente el suyo el nombre que vio parpadear en aquel instante en la pantalla de su teléfono. Se acercó a la ventana para tener una mejor recepción de la llamada. La cría, con la pecera bajo el brazo, la siguió. Pulsó el botón verde de recepción.

—¿Tú llamando?

—Hace un cuarto de hora te he visto entrar en casa de los Austeros.

Corrió la cortina y echó un vistazo a la calle, seguramente la más aburrida del pueblo. San Saburo era un suburbio cuya absoluta tranquilidad rezumaba una infinita melancolía. Estaba casi a las afueras y era el lugar donde las familias adineradas se compraban una casa con jardín en el que sus hijos —normalmente niño y niña— pudieran jugar sin peligro. Sin embargo, sus calles parecían la viva fotografía de uno de esos paneles promocionales en los que se publicita una nueva promoción de casas. Hogares desangelados y perfectos.

Al otro lado de la calle, una mano la saludaba efusivamente tras la ventana. Era la Santa. Ambas consideraban que sus esporádicos canguros no eran temas en absoluto interesantes —de hecho podían resultar hasta deprimentes— de los que hablar cuando se veían, por lo que ninguna de las dos había comentado a la otra que aquel sábado trabajaría en San Saburo. Qué extraña coincidencia, de todas formas. Era la primera vez que las llamaban a las dos para trabajar en casas vecinas.

—Si te he llamado es porque en esta maldita casa no tienen internet. La niña está castigada sin acceso. La penitencia infantil del siglo veintiuno.

—¿La tuya también? —preguntó Ornila.

—¿Qué quieres decir?

—Los míos también están castigados. Cuando he llegado los padres ya se habían largado. Solo me he encontrado una nota. Que no entiendo, por cierto. Dice algo así como que deje pasar a un supuesto amigo de la familia si llama a la puerta, y que le ofrezca café, porque es lo único que toma.

—No soporto tus historias.

—¡Hablo en serio! ¿Tú has conocido a los padres?

—No. Cuando yo he llegado también se habían marchado. Si quieres luego, una vez estén dormidos, podríamos...

En aquel preciso instante Ornila desconectó de la conversación. No literalmente, pues seguía oyendo la cantinela de su amiga al mismo tiempo que veía su silueta en el salón de la casa de enfrente. Su atención se había desviado hacia una figura que había junto al jardín. Allí había alguien que parecía haber nacido con el primer amago del anochecer. Era un hombre, o eso parecía. Vestía un traje imposible de rayas horizontales amarillas y negras y, a pesar de que el salón de los Austeros estaba casi a oscuras, parecía haberla visto tras la ventana, pues su horripilante mirada recaía en su dirección. Ornila sintió los ojos amenazantes del hombre-avispa.

Cuando parpadeó por defecto y volvió a mirar había avanzado unos pasos en su dirección y le gustó aún menos lo que vio: la piel de sus manos y su rostro también estaba cubierta de rayas amarillas y negras. Solo que no parecía pintura. Le aterrorizaba volver a cerrar los párpados y comprobar que había avanzado unos metros más en su dirección en una escalofriante versión del juego de pica-pared. Sin embargo, cuando sus ojos empezaban a lagrimear y dejó caer los párpados se obligó a pensar que aquello que veía era un excéntrico e inoportuno producto de su imaginación.

Cuando abrió los ojos el hombre-avispa ya no estaba.

2. Klibi

ORNILA HABRÍA PASADO página rápidamente, achacando aquella atroz visión a los problemas para dormir que acusaba desde hacía unas semanas. Todas las noches se despertaba a las cuatro de la madrugada y clavaba los ojos en el techo durante un tiempo indefinido entre una y dos horas. Al final, el sueño la encontraba de nuevo cuando ya se había dado por vencida.

El caso es que no pudo olvidarse con tanta facilidad del hombre-avispa. Primero porque estaba convencida de haberlo visto recientemente en otro sitio y segundo porque a su lado, en la ventana, estaban Raquel y su pez naranja, y también lo habían visto. Y es más complicado que una alucinación sea un fenómeno colectivo, ¿no es cierto?

—Hacía días que no veía a Klibi —le dijo la niña.

—¿Quién es Klibi?

«¿El supuesto amigo de la familia?», pensó.

—El hombre que cuida de los avisperos.

Entonces Ornita pensó que lo que había visto no era ninguna visión ni algo que temer. No era una falla de su

mente, ni un fruto podrido de su insomnio. Era solo un vecino excéntrico, negro y amarillo, tan tangible como la biblioteca de porcelana de la madre. Sin embargo, la niña tenía más información y creyó oportuno extenderse.

—Klibi es el motivo por el que mi hermano está castigado —dijo sin ningún atisbo del típico titubeo infantil—. Se lo inventó él, con sus amigos del foro. Él escribió su historia, la publicó, se disfrazó de Klibi y grabó un vídeo, y al cabo de unas semanas se hizo real y le dieron mil puntos, me parece. Pasaron unas semanas hasta que papá y mamá lo vieron y entonces le prohibieron volver a entrar en el foro. Ahora vive con nosotros en San Saburo. Por eso estamos casi siempre en casa y todos necesitamos niñera esta noche.

Aquella cría anciana parecía tener datos de primera mano y respuesta para todo. Sin embargo, la historia parecía demasiado elaborada para haberla improvisado sobre la marcha y de repente la imagen que podría resultar una prueba definitiva de que había algo de verdad en lo que relataba la niña volvió a su consciencia. Ya sabía dónde había visto aquel hombre-avispa antes: en el cuarto de Óscar. En concreto, en el salvapantallas encendido de su ordenador. Obviamente, no era la misma representación terrorífica que había aparecido al otro lado de la ventana. Era solo el niño disfrazado con un traje a rayas y la cara pintada, como una prolongación de la tela. Unos colores demasiado violentos como para que el subconsciente los pasara por alto.

Asintió ante la explicación de Raquel y aplazó el resto de conclusiones.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres cenar?

La niña dijo que sí.

—*Pizza*—contestó.

El horno gigante de los Austeros acogió sin problemas las dos *pizzas* precocinadas que había en la despensa. Como no tenía instrucciones específicas sobre qué debían cenar los niños, Ornila consideró que la *pizza* tendería un amistoso puente entre ella y el confinado en su habitación, Óscar, a quien deseaba interrogar sutilmente acerca de la pintoresca historia que había salido de boca de su hermana.

Sin embargo, Óscar bajó a recoger su cena y regresó a su habitación, donde, al parecer, los videojuegos sí estaban permitidos. La niña escogió un DVD de la colección familiar, *Frozen*, y se sentaron en el sofá. Raquel manipuló el mando y seleccionó el audio en inglés.

—Mamá se siente menos culpable por dejarme horas expuesta ante la tele si lo veo todo en inglés —le dijo.

Ornila cayó bajo el hechizo de la cantarina princesa del hielo hasta que vio sobresalir algo del cajón de la mesita que había junto al sofá. Era el cable del módem. «Muy mal escondite», pensó. Lo sacó y se dirigió a la cocina, donde había divisado el aparato en cuarentena.

En un minuto había regresado al sofá y pospuso — «al menos una hora más», se dijo— la promesa que se

había hecho a sí misma de camino a San Saburo: que cogería los apuntes de Anatomía en cuanto los niños estuvieran bajo control y se pondría a estudiar. En cambio, cogió su móvil y buscó la señal wifi de los Austeros. Le apetecía indagar en todo ese asunto del hombre-avispa.

—¿Cómo se llama el foro de los monstruos inventados donde nació Klibi, Raquel?

—Bestias Inmundas —contestó, sin apartar los ojos de la tele.

Qué niña tan lista.

Pasó el dedo por la pantalla de su teléfono y, tras un leve tecleo en Google, localizó enseguida el foro. Observó que llevaba varias semanas inactivo. La rudimentaria página, con fondo negro y letras rojas, remitía a los inicios de internet y los elementos gráficos que la ornaban ponían en evidencia que había sido creada por adolescentes demasiado ociosos y con poco gusto. Ubicó la lista de las Bestias Inmundas, ordenada por orden alfabético y descendió hasta la K.

Clic.

La historia de Klibi se desplegó ante Ornita.